

# Teatro

## GRANDE Y PEQUEÑO

### UN MELODRAMA DE LA SOCIEDAD CONTEMPORÁNEA

Por María Muro

Palabras y acciones ininteligibles, violencia en un ambiente de delirio, dan inicio a *Grande y pequeño*, del dramaturgo alemán Botho Strauss, conforme a la versión de Brígida Alexander y la puesta en escena de Luis de Tavira. Con este espectáculo el Centro de Experimentación Teatral del INBA principió sus actividades. En apariencia, el espectador se encuentra ante un teatro estrictamente moderno, novedoso, de vanguardia. Esto no deja de ser interesante, puesto que la novedad y lo avanzado de esta obra se sitúan en la excelente y compleja construcción del trabajo, y en el tratamiento que se imprime a cada una de sus partes, para con éstas estructurar a fondo una obra. Su modernidad, en los diversos sentidos del término, da lugar a un modelo admirable digno dentro de la mejor tradición del melodrama.

La historia que nos cuenta *Grande y pequeño* —la de una mujer separada del marido que gradualmente se aísla de la sociedad, a pesar de su deseo por comprender el mundo—, al representarse modifica la idea de la narración dramática lineal, a pesar de que el resultado último de la obra es el de una historia ocurrida cronológicamente.

El melodrama, en la historia del teatro, en general incurre en el defecto de proponer lo excepcional de modo exagerado e inverosímil, con empleo de elementos de la realidad creíbles en sí mismos. Este género suele provocar las emociones al enfrentar elementos antagónicos, personajes representantes de la maldad y de la bondad, de quien practica la persecución y de quien la padece, de los opresores y de los oprimidos. Un melodrama es defectuoso por referirse únicamente a algo excepcional que sólo mueve a la compasión; en este caso no se involucra al espectador, quien sólo

es testigo de que alguien sufre en el escenario, pero sin alterarlo esencialmente.

*Grande y pequeño* es un excelente ejemplo de lo que debe ser un melodrama. Conduce a la proximidad de la catarsis, porque la marcada exageración de la realidad, atrapada por el drama, vuelve la mirada una y otra vez hacia la realidad común, a la realidad profunda y disparada que el espectador experimenta en la existencia de todos los días.

No es rara la colindancia entre el melodrama y la tragedia, si pensamos que las circunstancias son fatales a manera de destino, como en *Grande y pequeño*; esa fatalidad conduce a la víctima protagonista del melodrama: su "error trágico" no es otro que su incompreensión respecto a la realidad opresora, de la que como Edipo huye, para, sin querer, precipitarse irremediablemente en la opresión que no deseaba, o en la locura, como sucede a Lotte, la protagonista.

Tampoco es raro que este melodrama de Botho Strauss cuente la historia del destino humano y concretamente la del destino de los hombres y mujeres de la sociedad moderna, al contarnos una historia de soledad e incomunicación: Lotte, mujer incomprendida por un medio civilizado, de progreso cultural y desarrollo técnico racional, quisiera comprender a este medio humano deshumanizado. Ella, ser con sensibilidad —su bondad y generosidad son extremas, así como su sencillez de alma, y tiene aficiones artísticas—, inteligente en medio de los discursos de los hombres y

de sus acciones insignificantes, con gran tenacidad atribuye sentido al mundo, se admira de la razón de los hombres y de su lenguaje, y por esta admiración se pone en manos de sus victimarios y se encamina rumbo a su propia destrucción.

La protagonista no alcanza en *Grande y pequeño* el punto trágico de la muerte física. Su muerte espiritual ocurre por medio del clima con el que la obra comienza y por la ruta que ella sigue sin variar: una figura alegórica de Lotte advierte a lo largo de la obra acerca de su irremediable esquizofrenia, de la opresión a manos de la locura. Los primeros momentos de la obra y de la ouesta en escena son frenéticos e indescifrables. En el escenario ocurren realidades siniestramente cotidianas, conocidas por la experiencia del espectador. Una vez que se concluyen las visiones de manicomio y de vigilancia, cuando un turco, jugador del azar electrónico persiste, mientras la atención se centra en las voces y en las sombras de quienes hablan quedo y sin interrupción dentro de una casa, Lotte se deja ver en un patio, fuera de la casa, en la divagación ardiente y dolorosa, y en el aislamiento.

Ella quisiera saber qué dicen quienes hablan, quisiera saber por lo menos la primera letra de sus nombres. Lotte se encuentra de paso en una ciudad tal vez desconocida; en realidad no sabe qué calse de viaje es el que su existencia realiza. Más adelante llega a su destino, un destino intermedio, en donde Lotte cree que podrán volverla a recibir. Busca al marido del que



Foto: Rogelio Cuéllar

# Danza

## DANZA CONTEMPORÁNEA

Por Patricia Cardona

Danza contemporánea es una disección, en vivo, de las fuerzas anímicas que nos envuelven. Nos despierta todas las pasiones, menos la nostalgia por el pasado. Recrea, reinterpreta, recupera el presente.

La danza clásica, como contrapunto, es casi un "retrato hablado" de una sociedad que imaginamos, que reconstruimos según los datos históricos. Abre, predispone a la nostalgia de un mundo que por lejano, se antoja idílico.

Danza contemporánea tiene su lenguaje simbólico, como el del ballet clásico, pero maneja formas, intensidades, energías que revelan la cercanía mental, ideológica, que el hombre actual tiene con su cuerpo.

El ballet clásico definió su código de movimiento a partir de una utopía, de la necesidad de sublimar la presencia real, orgánica, del cuerpo. Su acercamiento a lo cotidiano lo resolvió mediante la pantomima.

La danza contemporánea recupera lo cotidiano como un valor estético: los ritmos y pulsaciones primarias, los gestos naturales, la voz, son incorporados a los estilos, a los lenguajes elaborados.

De ahí que la danza naturalista, como la expresionista, surrealista o constructivista —exclusivamente formal— sean interpretaciones simbólicas de la realidad, sin recurrir a estereotipos, que son paralizaciones, automatismos que congelan el flujo de la vida.

La expresión coreográfica de la danza contemporánea tiene flexibilidad, pluralidad y una óptica abierta. Esto mismo quiso asimilar el neoclasicismo o ballet moderno, que se encuentra en medio de las fuerzas anímicas del presente, de las tensiones sociales y síquicas del hombre actual, sólo que traduce tales vivencias en códigos a veces anacrónicos, simbólicos, de necesidades vitales ajenas a las contemporáneas. En el ballet moderno encontramos una confrontación de energías, lo que de por sí puede resultar interesante para el espectador si existe extrema tensión entre

sea —un hombre que rechaza su palabra y su presencia—, o en el consultorio médico de un desconocido, para intentar hablar, orgullosa de la distinción que ha recibido el exmarido, hasta el momento en que del consultorio es echada a la calle sin motivo.

Lotte, como muchos seres, como apunta en general la sociedad contemporánea, no tiene salida. Se encuentra en viaje turístico, pero realiza el viaje fatal que consiste en vivir cada vez más la incomunicación. El destino de Lotte es la camisa de fuerza, porque ella es desorden esquizofrénico en el mundo supuestamente ordenado del caos, porque sus sentimientos y su anhelo de libertad en la vida del amor son escándalo para la sociedad vigilante, para esa sociedad fría, calculadora, que prefiere entregar su racionalidad al absurdo y a la suerte de un juego arbitrario destinado a la destrucción humana.

El título de *Grande y pequeño* parece tener una explicación; ésta es simple. Son grandes las aspiraciones de Lotte, es grande lo que ilusiona, la recuperación del amor perdido. Incluso es grande su asimilación de lo práctico al proponerse aprender idiomas con la beca que le dé el gobierno, cuando el marido tenga a bien concederle el divorcio, si comparamos este propósito, por su entusiasmo relativo, con la vida medida de los hombres prácticos, con la realidad desalmada de la sociedad.

La escenografía de José de Santiago crea un escenario múltiple, ideal para que la historia de Lotte, el centro en el que todo converge, tenga un desarrollo óptimo. Botho Strauss, Luis de Tavira y Julieta Egurrola, quien representa a Lotte, han creado un personaje del que podría decirse que es absolutamente nuevo para el teatro, por lo fiel del retrato de la realidad y por su directa y muy eficaz transposición al escenario.

Julieta Egurrola, como actriz experimental en su pleno sentido, experimenta una muy amplia gama de emociones, desde la incertidumbre de Lotte, la desesperación, el conformismo, hasta la pasión casi recobrada, la síntesis de las ilusiones, o la confirmación del camino a la locura que la sociedad quisiera ver en ella.

La actriz desempeña el papel de la protagonista con sabiduría y extremismo, y con mesura. Cada uno de los demás actores desempeña con exactitud varios papeles, siempre para reforzar la idea del mundo dividido en dos realidades, una que somete a la otra, para insistir en la realidad de la persecución, la que es propia de la mediocridad del mundo. ♦

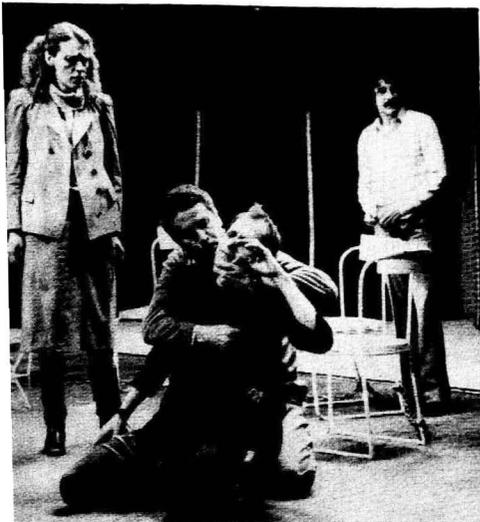


Foto: Rogelio Cuéllar

ya no es esposa. Lo ama y cree en él pero él no está interesado más que en rechazarla, y en fingir mal amor a la nueva mujer a quien tampoco ama.

*Grande y pequeño*, como un rompecabezas inconcluso y caótico a la vista, se arma lenta, obsesivamente. Las escenas repetitivas provocan la irritación y el desasosiego, dan la atmósfera al espectáculo: Lotte en busca del marido, toca y abre puertas de muchas habitaciones idénticas entre sí, en un edificio de departamentos. Encuentra toda clase de gente —matrimonio de ancianos, de jóvenes, intelectuales, deportistas, drogadictos—, personas de una sociedad que reconocemos. Lotte, ilusionada, quiere amar, comprender, ser libre en el amor. Ella depende del marido porque quiere depender de un ser amado. Sin él, al menos quiere depender de alguien. O más bien quiere prestar sus sentimientos y su bondad espontánea a lo que ocurre. De hecho se instala en el edificio, en un departamento distinto al del marido, para estar próxima a los otros inquilinos. Pero todos ellos son prácticos, nadie quiere ser molestado y, quien por Lotte se interesa apenas, es para señalarle el error de tener emociones, de preocuparse por la existencia de los demás, de querer depender de alguien.

Al reencontrar al marido pronto sabe que sólo puede pedirle el divorcio, para luego tener que seguir su viaje sin comprender por qué ni el divorcio le será concedido. Uno de sus últimos lazos con el mundo la ha separado del mundo autoritariamente.

Otras escenas repetidamente interminables son las de Lotte hablando al interphone de otro edificio, en busca de una amiga a la que no encuentra, o a la que encuentra al fin pero sin tener nada en común con la amiga; o la de Lotte en la parada del autobús, para estar cerca de quien